

llaman xiloxochitl hacen el bálsamo los indios y lo hacían antes que los españoles viniesen; éste de los indios es algo más odorífero, y no torna tan prieto como el que hacen los españoles; estos árboles se dan en las riberas de los ríos que salen de estos montes hácia la mar del Norte, y no á la otra banda, y lo mismo es de los árboles de donde sacan el liquidámbar, y del que los españoles sacan el bálsamo; todos se dan á la parte del Norte, aunque los árboles del liquidámbar y del bálsamo de los españoles tambien los hay en lo alto de los montes. Este bálsamo es precioso, y curan y sanan con él muchas enfermedades; hácese en pocas partes; yo creo que es la causa que aun no han conocido los árboles, en especial aquel xiloxochitl, que creo que es el mejor, porque está ya experimentado." (1) Los acayetl se perfumaban uniendo el yetl al liquidámbar.

Xoconochco remitía dos piezas grandes de ámbar amarillo (Kingsborough, lám. 49, núms. 33 y 34). "El ámbar de esta tierra se llama *apozonalli*; dícese de esta manera, porque estas piedras así llamadas son semejantes á las campanillas ó ampollas del agua, cuando le da el sol en saliendo, que parece son amarillas claras como oro: estas piedras hállanse en mineros en montañas. Hay tres maneras de aquellas, la una se llama ámbar amarillo, éstas parece que tienen dentro de sí una centella de fuego, y son muy hermosas: la segunda se llama *tzalapozonalli*, dícese así, porque son amarillas con mezcla de verde claro: la tercera *iztacapozonalli*, llámase así porque son amarillas blanquecinas, no son transparentes ni muy preciosas." (2) Este producto llamado piedra por el sabio cronista franciscano, sabían bien los méxica que á veces se presentaba en el mar; así se deduce de la palabra *apozonalli*, derivada de *apozonallotl*, espuma de agua. Hernández distingue dos especies llamando á la una *apozonalli* y á la otra *ylletre*. El ámbar de los méxica, carabé ó sucino, es la resina del árbol llamado *cuauhpinolli*. En el dibujo que le representa, el símbolo *atl* que le distingue es una prueba más de las ideas abrigadas por los méxica.

Aquí termina la enumeracion de los objetos demandados en tributo por los señores de la triple alianza; si dan idea del des-

(1) Motolinia, trat. III, cap. VIII. Torquemada, lib. XIV, cap. XLIII.

(2) P. Sahagun, tom. III, pág. 298.

potismo que pesaba sobre los pueblos sojuzgados, sirven tambien para formar juicio acerca de los adelantos artísticos y manufactureros de aquellas naciones.

Tornemos ahora á la estampa 71 del Códice Mendocino, de la cual nos habíamos apartado. Es una especie de enumeracion de las ocupaciones ó condiciones de las personas, en quienes antes no se había fijado. El número 1 es un mensajero, reconocible por el bordon y mosqueador. Los números 2 y 3, representan, un maestro repitiendo repetidas veces la leccion, que escucha atento el discípulo. El 4 representa al *cwicamatín* ó músico y cantor de profesion: toca con las manos el *huehuetl*, acompañando su canto; la persona que delante tiene significa el auditorio; en medio de las dos figuras se distinguen un *maxtlatl*, una manta, una vasija con tamales, un *xochitl* ó ramillete y un *acayetl*, objetos que en regalo recibía el menestral, ya en las calles ya en las casas á donde era llamado. Los 9 y 10 marcan el *Texcalco* ó casa de los obras públicas, á cuya puerta está sentado el *petlacalcatl* ó mayordomo; tiene delante dos albañiles, 6 y 13, llorando por haber sido reconvenidos por faltas en el trabajo. Su profesion está simbolizada en la *coa* y el *huacalli*, 5 y 12, destinada aquella á remover la tierra, éste á trasportar el escombros. Castigada como era la holgazanería, la ley no permitía la mendicidad; exceptuábase el liciado ó estropeado, número 7, único á quien era permitido andar vagando para implorar la caridad pública.

El número 8 recuerdo el jugador de pelota. En todas las ciudades y pueblos principales había el *tlachtli*, generalmente en el mercado, de mayor ó menor tamaño, segun la importancia del edificio. Tenía la forma que representan las pinturas; cercábalo una pared de una y media á dos brazas de altura, terminada en almenas ó figuras de los dioses, pintada la cara interior de adornos ó pinturas de Ometochtli, patrono de jugadores y borrachos; el piso estaba en calado, terso y limpio. El juego tenía lugar á lo largo sobre la parte angosta, en cuyas paredes de ambos lados había fijas dos piedras, con un horado capaz solamente de dejar pasar la pelota; las partes anchas terminales, daban abrigo á los jugadores. Estos estaban desnudos, cubiertas las vergüenzas con el *maxtlatl*, llevando en las asentaderas un cuero de venado bastante fuerte, así como en las manos una especie de guantes. Ju-

gábase de uno á uno, ó bien por partidos, estipulándose la parte del cuerpo con que se había de recibir la pelota, que de comur solo era con las asentaderas, los cuadriles ó rodilla. La pelota *ullamaloni*, era de *olli*, esférica y muy pesada por grande. Ganábase á determinadas rayas; mas hacía suyo el juego quien lograba hacer pasar la pelota por el agujero de la piedra que á su lado tocaba: este acto de destreza se recibía con mucho aplauso, y el feliz jugador tenía derecho á apoderarse de las mantas de los espectadores, quienes luego se ponían en huida al medio de ruido y algazara.

Juego no sólo de los plebeyos, sino de gente principal, se le tenía en estima. Apostaban segun su categoría, desde algunas mazorcas de maíz, hasta joyas, plumas y heredades: los viciosos arruinados se jugaban á sí propios, siendo el pacto que si no se rescataban á cierto plazo quedaban por perpetuos esclavos. Los señores jugaban sus fortunas, sus mancebas; veremos que los monarcas de México aventuraron alguna vez su reino en el *tlachtli*, y ventilaron la realidad de un vaticinio á las rayas de una partida. (1)

Jugaban un juego semejante al de las damas, con chinas blancas y negras que se quitaban ó mataban como en el tablero. Hacían sobre un encalado cierto número de hoyos pequeños, y ponían diez pedrezuelas cada uno de los dos jugadores, y tirando unas cañas hendidas, ganaban las que caían vuelto lo hueco arriba, hasta tomar las diez piedras del contrario. El juego más comun entre el pueblo, seguido con empeño por los tahures de profesion era el *patolli*. Tomaba su nombre de los colorines que servían de especie de dados. Era una aspa señalada sobre una estera con rayas negras de ulli, dividida en cierto número de casas; cada uno de los jugadores estaba armado de tres piedrecillas azules y de tres colorines sobre los cuales estaban señalados puntos blancos á manera de dados; tomados éstos y revueltos en la mano, los puntos ganados se señalaban sobre el aspa con las piedras azules, hasta vencer el juego quien las colocaba en las casillas felices y convenidas. Bernal Díaz menciona el juego del *totoaque* que servía de distraccion á Motecuhzoma, durante su

(1) Durán, segunda parte, cap. XXIII. MS. Torquemada, lib. XIV, cap. XII. P. Sahagun, tom. II, pág. 291-3, 316-17.

cautividad en el cuartel de los castellanos. Todos estos juegos iban acompañados de particulares supersticiones. El *tlachtli* era consagrado por los sacerdotes con bendicion solemne, y ántes no debía ser usado para su objeto; las pelotas, los dados, las piedrecillas, eran adorados como dioses, invocándolos, zahumándolos y ofreciéndoles flores y aún comida; ningun tahur comenzaba una partida sin hacer preces al númen pidiéndole su amparo; en suma, el sentimiento religioso iba unido hasta á los actos de engaño y superchería. (1)

Los bárbaros chichimeca solemnizaban sus fiestas luchando entre sí, ó combatiendo contra fieras bravas; la costumbre duraba todavía en los tiempos del rey acolhua Techotlala, en cuya coronacion los guerreros lidiaron contra tigres y leones. (2) Adelantada la civilizacion, esos ejercicios fueron sustituidos por la lucha, la carrera, tirar al blanco con el arco ó el dardo, naciendo ademas otros de ligereza y equilibrio. El bailaror de la tranca, como ahora se le llama, entraba acompañado de siete ú ocho vestidos como los huasteca, cantando y bailando; tirábase en el suelo de espaldas, levantaba las piernas, y arqueándolas tomaba con los piés la tranca que se había puesto hácia la cabeza, haciéndola dar vueltas, poner de punta, subir y bajar, sin tocarla con otra cosa que con las plantas de los piés. La tranca era de nueve á diez palmos de largo, bien gruesa y redonda. (3) A veces se ponían dos hombres sobre el palo, guardando el equilibrio á ahorcajadas sobre los extremos.

Comparsas de treinta ó cuarenta personas bailaban al rededor del huehuetl, sostenidos en zancos de dos brazas de alto, haciendo prodigios de equilibrio. Tres hombres subidos uno sobre otro, bailaban á compás, el primero sobre el suelo, los otros dos sobre los hombros de quienes los sostenían. Tomaban un palo en forma de una  $\lambda$ , dos hombres apoyaban en sus hombros los extremos inferiores, miéntras sobre el superior se ponía de pié un tercero, y todos tres se movían y bailaban á concierto. Puesto uno en la posicion del bailaror del palo, con una sola pierna

(1) Durán, segunda parte, cap. XXIII. MS. Torquemada, lib. XIV, cap. XII. Clavigero, tom. I, pág. 362 y sig.

(2) Torquemada, lib. I, cap. XXV, lib. II, cap. VII.

(3) Mendieta, lib. IV, cap. XII.

levantada, sobre la planta del pié, la compañía de volatines salta, voltea y hace otros muchos ejercicios. (1) El juego del volador, que queda hoy bien diverso y como pálido reflejo del antiguo, consistía en un palo grueso, muy alto y derecho, que se hincaba fuertemente en tierra; á una pieza en la parte superior estaban sujetas cuatro sogas, las cuales pasaban por otros tantos agujeros, practicados en los extremos de un bastidor cuadrado, y rematando en una lazada. Las sogas se rodeaban al árbol de manera que no mordiese la una sobre la otra, y con tal cuenta que las vueltas de los voladores no fueran más ni menos de trece. Subíase á lo alto por cuerdas y lazadas; trepaban los que querían muy compuestos, con sonajas é instrumentos músicos, subiendo por turno á bailar y decir gracias sobre el brevísimo espacio superior. Cuando era tiempo, los cuatro principales voladores, vestidos como grandes aves con las alas tendidas, se ataban á los extremos de las sogas; su peso determinaba al bastidor á moverse en dirección opuesta á la en que las sogas estaban enrolladas, produciéndose un movimiento giratorio, que para los voladores se iba ensanchando á proporción de la cuerda libre, hasta llegar por último al suelo. A la mitad del vuelo, los acompañantes, que habían permanecido en el bastidor, se escurrían por las cuerdas abajo, variando sus juegos gimnásticos. (2) Los cuatro voladores significaban los cuatro símbolos de los años, que con las trece vueltas formaban los cuatro tlapilli de que el ciclo estaba compuesto.

Como frutos sazonados de la civilización encontramos la música, el canto y la danza. Debióles seguir de cerca la poesía. Consta en efecto que tenían himnos sagrados, cantados á honra de los dioses implorando su protección; poesías levantadas recordando las hazañas de los héroes ó la historia de los pueblos y de los príncipes; descriptivas de la caza ó de las ocupaciones rurales; morales, y finalmente amorosas. "Los poetas eran más numerosos que los arengadores. Sus versos observaban el metro y la cadencia. En los fragmentos que aún existen hay versos que, en medio de las voces significativas, tienen ciertas interjecciones ó sílabas privadas de significación, que sólo sirven para

(1) Durán, segunda parte, cap. XXIII, MS. Torquemada, lib. XIV, cap. XII.  
 (2) Torquemada, lib. X, cap. XXXVIII.

ajustar el metro: mas quizás este era un abuso de que sólo echaban mano los poetastros. Su lenguaje poético era puro, ameno, brillante, figurado y lleno de comparaciones con los objetos más agradables de la naturaleza, como las flores, los árboles, los arroyos, &c. En la poesía era donde con más frecuencia se servían de las voces compuestas, y solían ser tan largas que con una sola se formaba un verso de los mayores." (1)

La poesía era cultivada con amor en la corte de Texcoco. Nezahualcoyotl instituyó en su palacio un tribunal, mejor academia, que intituló de Ciencia y Música. Era una gran sala, con tres tronos para los reyes de Acolhuacan, de México y de Tlacoapan; en el centro había un *huchuell*; decoraban las paredes trofeos é insignias de rica plumería, mirándose también mantas, joyas y preseas para hacer regalos. Presidían los reyes coligados; juntábanse filósofos, poetas y algunos de los más famosos capitanes, "que de ordinario estaban cantando los cantos de sus historias, "cosas de moralidad, y sentencias." (2) Nezahualcoyotl se distinguió como insigne poeta; mucho compuso, reputándose como más acabado los himnos al Dios creador. A nosotros ha llegado su oda á la muerte de Tezozomoc, que á ser en realidad suya, revela elevación de pensamientos y una tierna y filosófica melancolía. (3)

Revela un alto grado de cultura que los méxica se dedicaran á la poesía dramática. El teatro en que representaban sus dramas, era un terraplen cuadrado, descubierto, situado en la plaza del mercado ó en el atrio inferior de algún templo, y bastante alto para poder ser visto por todos los espectadores. El que había en la plaza de Tlaltelolco era de piedra y cal, según afirma Cortés, y tenían trece piés de alto, y de largo por cada lado treinta pasos. (4) Para formar idea de las decoraciones y dramas, oigamos á otro autor, al describir la fiesta que los mercaderes hacían en Cholollan. "Este templo, dice, tenía un patio mediano, donde el día de su fiesta se hacían grandes bailes y regocijos, y muy graciosos entremeses, para lo cual había en medio de este patio un pequeño teatro de á treinta piés en cuadro, curiosamente

(1) Clavigero, tom. I, pág. 356.  
 (2) Ixtlilxochitl, Hist. Chich., cap. XXXVI, MS.  
 (3) Doc. para la Hist. de México, tercera série, tom. I, pág. 286.  
 (4) Clavigero, tom. I, pág. 358.

encalado, el cual enramaban y aderezaban para aquel día, con toda la policía posible, cercándolo todo de arcos hechos de diversidad de flores y plumería, colgando á trechos muchos pájaros, conejos y otras cosas apacibles, donde despues de haber comido, se juntaba toda la gente. Salían los representantes y hacían entremeses, haciéndose sordos, arromadizos, cojos, ciegos y mancos, viniendo á pedir sanidad al ídolo: los sordos respondiéndole ade-fesios, y los arromadizos tosiendo; los cojos cojeando decían sus miserias y quejas, con que hacían reír grandemente al pueblo. Otros salían en nombre de las sabandijas: unos vestidos como escarabajos, y otros como sapos, y otros como lagartijas, &c., y encontrándose allí referían sus oficios, y volviendo cada uno por sí, tocaban algunas flautillas, de que gustaban sumamente los oyentes, porque eran muy ingeniosas: fingían asimismo muchas mariposas y pájaros de muy diversos colores, sacando vestidos á los muchachos del templo en aquestas formas, los cuales subiéndose en una arboleda, que allí plantaban, los sacerdotes del templo les tiraban con cerbatanas, donde había en defensa de los unos, y ofensa de los otros, graciosos dichos, con que entretenían los circunstantes; lo cual concluido hacían un mitote ó baile con todos estos personajes, y se concluía la fiesta; y esto acostumbraban hacer en las más principales fiestas." (1) Todo estaba, pues, consagrado á las divinidades, urgiendo el principio religioso hasta sobre los actos de solaz de aquellos pueblos.

Tornando á la estampa del Cód. Mendocino, el núm. 14 representa un ladron ratero, ocupado en extraer algunos objetos del *petlacalli*; esta palabra, que significa arca ó baul, dió origen á la voz petaca. En el 15 el jugador de *potolli*; para indicar la desen-frenada pasion por este vicio, le pintan desnudo, por estar apostando la manta 16.

17 y 18, el carpintero y su discípulo; 19 y 20, lapidario con su aprendiz; 22 y 23, pintor con su oficial; 24 y 25, platero y fundidor con su ayudante; 26 y 27, los que hacían mosaicos de pluma.

Acerca de las artes ejercitadas por los nahoa podemos asegurar, que conocían todas las necesarias para satisfacer sus necesidades y sus gustos. De algunas se forma juicio, por los objetos que todavía podemos sujetar á nuestro exámen; de las otras, que

(1) Acosta, lib. V, cap. XXX.

no dejaron rastro, habremos de contentarnos con los dichos de las personas que vieron las obras. La arquitectura está representada en nuestro país por multitud de ruinas, derramadas de Norte á Sur. Estudiadas con atencion se descubre, que no corresponden á la misma época y ni siquiera á la misma civilizacion. Como en su lugar observaremos, la region austral, tomada del Palenque á Copan, ningun punto de contacto presenta con el arte mexicano; forma un grupo especial, fuertemente diseñado con los caracteres de su fisonomía propia. La region central ó habitada por las tribus civilizadas, ya presenta ruinas evidentemente de la última época histórica, ya muestra otras que es dudoso pertenezcan á las tribus nahoa; las pirámides de Cholollan y de Teotihuacan, el templo ó palacio de Xochicalco, sin duda no fueron obra de tolteca, ni de méxica. Los monumentos de la region boreal se han atribuido á las naciones establecidas en el valle de México; pero tal supuesto no queda autorizado, ni por el itinerario seguido por las tribus emigrantes, ni por los caracteres arquitectónicos de los edificios.

Segun esto, la arquitectura había alcanzado un amplio desarrollo y aun pasado por distintas fases, ántes que los tolteca llegaran á fundar en Tollan la capital de su monarquía. A esta nacion, la primera que dejó historia porque traía los medios de perpetuarla por la escritura, atribuyen los escritores todos los inventos útiles, el principio de las ciencias y de las artes. En verdad los tolteca son los introductores de la civilizacion encontrada en Anáhuac por la conquista española; de ellos aprendieron las tribus bárbaras, tal vez los acolhua, y despues los méxica; pero es muy dudoso, si no completamente falso, que fueran ellos los primitivos inventores, que á ellos se deba cuanto aparece grande y notable, que ántes de ellos nada existiera ni hubiera podido existir. La mayoría de los escritores, no hallando solucion á los problemas que se les presentan, les resuelven fácilmente, poniéndoles á cuenta de aquella adelantada nacion.

La metrópoli de la monarquía tolteca fué arrasada por la guerra, y pocos restos se salvaron de la destruccion. En los tiempos cercanos á la conquista española, la ciudad primitiva estaba en ruinas; mas había señales de las muchas obras construidas: "entre las cuales dejaron una que está allí, y hoy en dia se ve, aun-que no la acabaron, que se llama *quetzalli*, que son unos pilares

“de la hechura de culebra, que tiene la cabeza en el suelo por pié, y la cola y los cascabeles de ella tienen arriba. Dejaron también una sierra ó un cerro, que los dichos tulteca comenzaron á hacer y no la acabaron, y los edificios viejos de sus casas, y el encalado parece hoy día: hállanse también hoy cosas suyas primorosamente hechas, conviene á saber, pedazos de olla, ó de barro, vasos, escudillas y ollas: sácense también de debajo de la tierra joyas y piedras preciosas, como esmeraldas y turquesas finas.” (1) Actualmente se encuentran en el moderno Tula, un bajo relieve, sobre roca dura, representando dos personajes, con trajes á manera de los orientales, diversos de los usados por los pueblos posteriores: piedras talladas con grecas y labores de buen gusto y correcto dibujo; un disco sobre el cual se descubren los lineamientos rudimentales de la efigie del sol, tal cual la representaron después los méxica. Llamán sobre todo la atención las columnas: son las unas pareadas, monolíticas, labrado el fuste en dos porciones con una especie de nudos, llevando la segunda un feston en la parte inferior; el resto del fuste es liso, terminando en lo alto por un adorno que se pudiera llamar el capitel, é inclinadas hácia adelante en la parte inferior: tienen el aspecto de algunas columnas egipcias. Las otras están formadas por trozos; cilíndricas, labradas en la superficie de labores complicadas, bien comprendidas y firmemente ejecutadas, ofrecen una notable particularidad; cada trozo termina en la cara superior por un cilindro pequeño, central y sólido, mientras la base inferior ofrece una perforación cilíndrica, del mismo tamaño; embonando sucesivamente uno en otro, daban mayor estabilidad á la columna. (2) Todo esto prueba que estaban muy adelantados en la construcción, aún cuando no podemos señalar el género á que su arquitectura pertenecía.

Entre los nahua las habitaciones ofrecían grandes diferencias. En los montes y campiñas las chozas de la gente infeliz eran de ramas ó carrizos, con cubiertas de yerba ó paja. En los pueblos las paredes eran de adobes, ó de piedra y lodo, con los techos inclinados á una ó dos aguas, de tejamanil, ó de manojos de za-

(1) Sahagun. tom. III, pág. 106.

(2) Ruinas de la antigua Tollan. Boletín de la Soc. de Geog. y Est. tere. época, tom. I, pág. 173 y sig.

cate largo y grueso, ó bien de las pencas del maguey puestas como tejas. Las casas de los señores y gente principal eran de piedra y cal, las paredes repelladas, bruñidas y blanqueadas; los suelos también lisos ó iguales; de azotea sostenida sobre vigas de fuertes maderas, encalada la superficie superior para impedir la entrada al agua. En México, á causa de la poca estabilidad del terreno, se afirmaban los cimientos sobre estacadas hechas en el suelo, y para defenderse de la humedad levantaban lo suficiente los pisos con materiales secos ó interponiendo un espacio libre, como todavía hoy se practica. Por temor á los terremotos las viviendas en lo general tenían un solo piso, y en los grandes palacios no pasaban de dos. El plano general podría trazarse por un paralelogramo, á cuyo rededor estaban las piezas comunicadas unas con otras, según las necesidades del propietario; había huertas y jardines, un oratorio *ayauhcalli*; baño, *temazcalli*, y un granero para las provisiones. (1)

“Había y hay todavía en esta ciudad muy hermosas y muy buenas casas de señores, tan grandes y con tantas estancias, aposentos y jardines, arriba y abajo, que era cosa maravillosa de ver. Yo entré más de cuatro veces en una casa del señor principal, sin más fin que el de verla, y siempre andaba yo tanto que me cansaba, de modo que nunca llegué á verla toda. Era costumbre que á la entrada de todas las casas de los señores hubiese gradísimas salas y estancias al rededor de un gran patio; pero allí había una sala tan grande, que cabían en ella con toda comodidad más de tres mil personas. Y era tanta su extensión, que en el piso de arriba había un terrado donde treinta hombres á caballo pudieran correr cañas como en una plaza.” (2) Esto, que parecería hipóbole, está confirmado plenamente: en el palacio en que fueron alojados los castellanos, la primera vez que á la ciudad penetraron, cupieron cómodamente los quinientos expedicionarios, sus dos mil aliados y servidumbre, y después Motecuhzoma con su séquito.

Los grandes palacios remataban en almenas ó figuras; tenía cornisas y otros adornos arquitectónicos, y sabían fabricar cierta especie de arcos y bóvedas, aun cuando Torquemada afirma

(1) Torquemada, lib. III, cap. V y XXIII. Mendieta, lib. II, cap. XXIII. Clavigero, tom. I, pág. 376.

(2) Conquistador anónimo, en Icazbalceta, tom. I, pág. 395.